



Universidad de Chile
Facultad de Ciencias Sociales
Departamento de Psicología

Memoria para optar al título profesional de Psicólogo

La biología en la adolescencia, una perspectiva psicoanalítica: el caso
de Arminda Aberastury y Philippe Gutton

Rodolfo Vásquez Torres

Marianella Abarzúa Cubillos
Profesora guía

Esteban Radiszcz Sotomayor
Profesor patrocinante

Agosto de 2015

Agradecimientos

Primero que todo a mi familia: a mis padres y hermanos porque han sabido esperar.

A mis profesores: Marianella Abarzúa y Esteban Radiszcz por lo que me han enseñado y por los aportes que hicieron de manera directa e indirecta a este trabajo. Y porque pudieron esperar hasta el término de esta memoria dándome el espacio para recorrer los rodeos que conlleva en ocasiones pensar y escribir.

A los espacios de trabajo y pensamiento conjunto: tanto al *Seminario permanente de Freud* como a las reuniones de la investigación *Vida cotidiana, sueños y malestar en jóvenes chilenos* de la *Línea de salud mental y corporalidad* del *Laboratorio de prácticas sociales y subjetividad* (LaPSoS).

Por último a mis amigos: a la amistad que pude forjar y al conjunto de vivencias que compartí con todos ellos adentro y afuera de esta facultad.

A todo esto, en el supermercado de la esquina, Abel Reyes, un joven chileno sobrino de Raúl Viñas, estaba haciendo las compras para el almuerzo de los albañiles. Se limitaba, como era habitual, a lo más simple y expeditivo: carne, pan, fruta. Por esas cosas de los jóvenes muy jóvenes, se negaba a utilizar los carritos apropiados, y como tampoco llevaba bolsas, cargaba todo en los brazos. En realidad era algo menos que un joven, casi un niño. Tenía quince años pero aparentaba once. Era flaco, feo, desgarrado, y llevaba el pelo muy largo. Al llegar a la Argentina con sus padres, dos años atrás, había encontrado sublime la costumbre, tan corriente entre los hombres jóvenes de este país como rara entre sus compatriotas, de usar el pelo largo. Era tan ingenuo, por joven y extranjero, que no se dio cuenta de que los argentinos de pelo largo eran los de la clase baja, y entre éstos, los condenados por sí mismos a no salir de ella. Aunque se hubiera percatado no le habría importado. Le gustaba y basta. De modo que se lo dejó crecer, y ya le llegaba por la mitad de la espalda, abajo de sus chatos omoplatos. Le quedaba simplemente horrible. Los padres, gente humilde y decente, habían tenido la mala ocurrencia de oponerse con razonamientos; si lo hubieran amenazado, o emplazado, el chico se habría sometido a las tijeras de entrada. Pero no, empezaron a decirle que parecía una mujer, un delincuente; y una vez que se metieron por ese camino no encontraron la salida. No podían renunciar a sus razones, que eran las correctas. Además, eran buenos y comprensivos, decían: «Ya se le pasará». Y el hijo andaba hecho una mujercita. Como le molestaba en el trabajo, había pensado seriamente en sujetárselo atrás con una gomita, pero por el momento no se atrevía. En el ambiente de la construcción nadie le decía nada, ni se tomaban si quiera el trabajo de notarlo. Era realmente algo muy común; en eso al menos no se había equivocado. De haber estado en Chile le habrían hecho una entrevista en la televisión; o, lo más probable, lo habrían metido preso.

Índice

I. Problematicación y justificación.	1
II. Recorrido histórico de las nociones de Pubertad, Adolescencia y Juventud.	5
III. Psicoanálisis y adolescencia.	9
IV. Los duelos de la adolescencia según Arminda Aberastury.	12
V. Lo puberal según Philippe Gutton.	15
VI. Las metamorfosis de la pubertad según Sigmund Freud.	19
VII. Discusión teórica en torno a los planteamientos de Philippe Gutton y Arminda Aberastury.	27
VIII. Reflexiones finales: alternativas a la relevancia del aspecto biológico durante la adolescencia.	36
IX. Referencias.	43

I. Problematicación y justificación

Escribir sobre la adolescencia no es novedad. Desde fines del siglo XIX diversas disciplinas han venido complejizando una comprensión de este momento de la vida al intentar precisar sus orígenes y sus alcances. Mientras que el saber médico y el jurídico han establecido los márgenes que describen una adolescencia “saludable” y “legal”, distintas disciplinas de las ciencias sociales y humanas han intentado situar los factores que influyen en este momento de la vida. La aproximación de estas disciplinas ha repercutido en la generación de tres constructos teóricos que, si bien apuntan al mismo momento de la vida, tratan distintos aspectos de este.

No es lo mismo hablar de pubertad, adolescencia y juventud. Las dos primeras nociones tienen una historia más larga; mientras la pubertad describe los cambios que posibilitan la maduración sexual (el desarrollo de los pechos y la menarquia en la mujer versus el crecimiento de los testículos y la primera eyaculación en el hombre) y la aparición de los caracteres sexuales secundarios (aparición del vello púbico, aumento del tamaño corporal, cambio de voz, etc.), la adolescencia implica una multiplicidad de cambios en el plano cognitivo (aprendizaje y moral), emocional (identidad y autoestima), social (con su grupo de pares y familia principalmente) y conductual del individuo (American Psychological Association [APA], 2002). Por otra parte, la juventud es una noción más tardía que emerge con los desarrollos de la sociología y que apunta a rescatar las influencias sociales, culturales e históricas en la vida de los jóvenes de cierto momento y lugar.

En tal sentido, existe una marcada diferencia al hablar de pubertad, adolescencia y juventud, pues mientras la primera noción alude a las transformaciones puramente biológicas, los dos últimos conceptos intentan describir los factores psicológicos o sociales que interfieren en la vida de los individuos que atraviesan por estos momentos de la vida.

Sin embargo, aunque resulte posible apreciar el marcado distanciamiento en el significado de estas nociones, llegando a ser comprensible esta diferenciación conceptual, en ocasiones es posible advertir una valoración desigual de estos fenómenos. Es decir, para ciertas posiciones teóricas las variables que intervienen en el desarrollo de este

momento de la vida no poseen el mismo nivel de importancia. Para algunos autores las influencias biológicas suelen ser determinantes en el origen, el curso y los destinos de la adolescencia.

La propia teoría psicoanalítica ha sido presa de la situación anterior. Aunque el estudio de la adolescencia por parte del saber psicoanalítico se remonta a los primeros años de su fundación, no será hasta la mitad del siglo XX donde esta etapa de la vida adquirirá mayor importancia. Por estos años, autores como Erik Erikson, Peter Blos y Donald Winnicott se destacarán por generar propuestas teóricas originales en torno a las transformaciones psíquicas y sociales de la adolescencia. Años más tarde diversos autores se irán sumando a esta lista, lo que finalmente repercutirá en el establecimiento de la adolescencia como un objeto de estudio de pleno derecho al interior de la disciplina psicoanalítica.

No resulta simple desprender una comprensión unívoca de la adolescencia para el psicoanálisis. El número y la diversidad de autores que han tratado esta temática se enfocan en distintos aspectos de esta etapa, según sus propios intereses. Por esta razón, es posible advertir cómo la teoría psicoanalítica de la adolescencia se nutre de visiones que van desde un biologismo puro hasta un psicologismo radical, pasando por perspectivas intermedias (psicosociales) o inusuales (históricas).

Si se toma en consideración los planteamientos del mismo Freud en torno a las metamorfosis de la pubertad, aparecidos en *Tres ensayos de teoría sexual*, se puede apreciar cómo la variable biológica de la adolescencia ha sido un elemento presente desde los inicios del estudio de este momento de la vida por el saber psicoanalítico. De hecho, el mismo término ocupado por Freud para titular el último de sus ensayos, podría dar cuenta de la consideración del aspecto biológico en la comprensión psicoanalítica de este proceso: ¿será que el uso de la palabra pubertad por parte del fundador del psicoanálisis intenta enfatizar la importancia de esta variable durante este momento de la vida?, ¿es la biología el origen de todas las transformaciones que experimenta el individuo durante la adolescencia?

La cuestión biológica siempre ha sido un elemento a revisar y considerar en la comprensión de la adolescencia, ya sea que nos situemos desde la psicología como desde el propio psicoanálisis. La biología es el “convidado de piedra”, un punto de

discusión insoslayable si se quiere intentar precisar cómo se originan las transformaciones que ocurren durante el proceso adolescente.

En ocasiones, esta discusión ha terminado en un biologismo que opaca las variables históricas, culturales, sociales y políticas que influyen la adolescencia. En el propio terreno del psicoanálisis contemporáneo sobre este momento de la vida, suelen haber autores que han optado por este camino, cuestión que ha incidido en el desarrollo de una comprensión más global y profunda de lo que viven y experimentan los adolescentes.

Por ejemplo, Philippe Gutton suele colocar la variable biológica como un antecedente directo de la adolescencia:

“lo *puberal* debe ser pensado en relación con su anclaje en lo real biológico, que ejerce una presión sobre las tres instancias y choca con la barrera del incesto legada por lo edípico infantil. Lo *adolescens*, trabajo elaborativo concomitante o retrasado (no vemos en él dos estadios), es exclusivamente realizable sobre la base del material *puberal*. Utiliza los procedimientos de la idealización ejercitados ya en la infancia, sobre todo el ideal del yo y la identificación. Su fin es una desexualización de las representaciones incestuosas conducente a la elección de objeto potencialmente adecuado” (Gutton, 1993, p.12).

De esta manera, la experiencia adolescente solo puede ser entendida si se toma en cuenta la pubertad, es decir, aquel proceso de carácter biológico. El punto está entonces en poder precisar qué elemento específico de aquel “real biológico” incide en todo el proceso adolescente, pues en la actualidad la biología abarca un sinnúmero de dimensiones: ¿este “real biológico” refiere al sistema hormonal, a los neurotransmisores, al genoma humano?

Pero también existen autores que, desde un comienzo, vinculan la experiencia adolescente a un elemento específico de la biología. Arminda Aberastury (1959), por ejemplo, da cuenta del valor que posee la mutación corporal para el individuo que deja de ser niño:

“La modificación corporal, esencia de la pubertad, el desarrollo de los órganos sexuales y de la capacidad de reproducción, es vivido por el adolescente como una

irrupción de un nuevo rol que modifica su posición frente al mundo y que además le compromete también en todos los planos de la convivencia” (s.p.).

Ahora bien, aunque puede observarse una marcada diferencia al comparar estas dos últimas citas, pues una explicita la importancia de la biología en la adolescencia, mientras la otra circunscribe esta biología a la mutación corporal, ambas insisten en relevar el lugar de la dimensión biológica en la experiencia adolescente. Si bien, no habría razón para dejar de concebir la pubertad como un proceso que refiere a un conjunto de fenómenos de carácter biológico, sí habría razón para preguntarse cuál de estas manifestaciones es puesta en primer plano para comprender la adolescencia. Es que resulta imposible negar la existencia de la pubertad en la experiencia individual, más aún si las manifestaciones biológicas que la componen pueden ser observadas, descritas, e incluso medidas. Nadie puede pretender que haya un individuo exento de la modificación puberal. Sin embargo, lo que sí es posible cuestionar es el valor que la dimensión biológica adquiere al interior de las propias teorías psicoanalíticas sobre la adolescencia.

Preguntarse por el valor de la dimensión biológica en la adolescencia posee una justificación tanto teórica como práctica: por un lado, permitiría comparar los significados que ciertos autores le atribuyen a las nociones de pubertad y adolescencia, por el otro, permitiría identificar qué aspectos de las teorías sobre la adolescencia descansan en una argumentación de carácter biológico, para así saber cómo ésta afecta la consideración de otras variables en la comprensión global del proceso adolescente. A su vez, existe una justificación práctica, pues discutir las nociones y significados adheridos a la adolescencia le permitiría a quienes trabajan con este grupo etario —psicólogos, médicos o pedagogos— modificar los planes de acción o la manera en cómo se aproximan a los propios adolescentes, al poder heterogenizar los puntos de vista que poseen de este momento de la vida.

Ahora bien, como resulta imposible abarcar la multiplicidad de propuestas teóricas sobre la adolescencia en un escrito como este, se ha decidido trabajar dentro del marco de la teoría psicoanalítica, específicamente, en torno a los planteamientos teóricos de los psicoanalistas Arminda Aberastury y Philippe Gutton. La elección de estos autores obedece al valor que poseen sus planteamientos en la propia teoría psicoanalítica de la adolescencia, tanto en Francia como en Latinoamérica. Si bien son autores que elaboran sus ideas en las últimas décadas del siglo XX, siguen siendo autores consultados y revisados en las instituciones que imparten psicoanálisis. Por otra parte, esta elección

también obedece al alcance teórico de sus planteamientos que, a diferencia de algunos autores que tratan la adolescencia en la actualidad, intentan explicar el proceso adolescente de manera global, sin detenerse en algún aspecto específico de ella, generando así propuestas teóricas sobre la adolescencia mucho más sistematizadas.

Por tanto, el siguiente escrito intentará responder a la pregunta por la relevancia de la dimensión biológica en la adolescencia mediante la revisión de las perspectivas teóricas de Arminda Aberastury y Philippe Gutton. En un segundo momento se revisarán las nociones freudianas en torno a la pubertad, con el objetivo de hacer discutir los planteamientos biólogos de los autores anteriores. Pero, antes de conocer con mayor detalle los planteamientos de estos tres autores, intentaré hacer un recorrido histórico de las nociones de pubertad, adolescencia y juventud, para explicitar cómo estas han adquirido un significado particular en la actualidad y cómo ellas resaltan un cariz específico de este momento de la vida.

II. Recorrido histórico por las nociones de Pubertad, Adolescencia y Juventud

Aunque para el sentido común las palabras pubertad, adolescencia y juventud refieren a aquel momento de la vida que se sitúa entre el término de la niñez y el inicio de la adultez, el vasto campo de las ciencias sociales suele hacer una separación entre estos conceptos. La pubertad es un proceso caracterizado por la aparición de cambios corporales producto de la acción de ciertas sustancias de orden biológico, la adolescencia comprendería el conjunto de modificaciones psicológicas (afectivas, cognitivas, morales) que afectarían la relación del individuo consigo mismo y su entorno más cercano (APA, 2002; Papalia 2009), mientras la juventud intenta precisar y relevar las influencias de orden cultural e histórico que caracterizan a los jóvenes en cierto momento y lugar. En tal sentido, las nociones de pubertad, adolescencia y juventud aludirían a un mismo momento en el desarrollo del individuo, pero se diferenciarían entre sí al enfocarse en distintos aspectos de este.

La noción de pubertad, entendida como un fenómeno de modificaciones fisiológicas y físicas observables, nace en los albores de la medicina europea del siglo

XVIII. Esta medicina se caracterizó por reemplazar las causas divinas de la enfermedad por un sistema narrativo de síntomas y signos fundados en la anatomía patológica y la autopsia del cuerpo (Foucault, 2009). Por esta razón, la observación y el registro de cualquier alteración en el cuerpo, tanto normal como patógena, se volvió crucial en el desarrollo de este renovado saber médico. De hecho, no pasarán más de dos siglos para que en 1877 se publique el primer texto abocado al crecimiento del cuerpo y se origine una nueva subespecialidad médica denominada hebiatría, término que condensa la palabras griegas héebee (pubertad) e iatrea (curación) (Serra y Aliani, 2015).

La noción de adolescencia se remonta a la Europa del siglo XIV y XV, donde era utilizada como sinónimo de exceso, inmadurez y ausencia de juicio. Dos siglos más tarde, el joven y la jovencita serán los protagonistas de aquellos cuentos que deseaban tratar las transformaciones provocadas por la diferencia sexual y el androginismo. Con la publicación del *Emilio o la educación*, Jean Jacques Rousseau influenciará a los pensadores interesados por la infancia y la adolescencia declarando que se nace dos veces, una para existir y otra para vivir; una para la especie y la otra para el sexo. En tanto, el siglo XIX será la oportunidad para que el romanticismo haga del joven y la joven héroe los personajes principales de diversos diarios íntimos y novelas autobiográficas (como *El adolescente* de Fiódor Dostoyevski, por ejemplo), concibiendo la adolescencia como categoría literaria y figura social idealizada (Marty, 2006).

Diversos autores (Ariès, 1973 y Foucault, 1976, citados en Marty, 2006) plantean que la adolescencia se distingue de la infancia y la adultez a mediados del siglo XIX y principios del siglo XX, gracias a la prolongación de la escolaridad y la conscripción, y la caída de las referencias parentales producida por la emergencia de las primeras leyes en favor del divorcio. Estos cambios sociales permitieron que la adolescencia dejara de ser una mera prolongación de la niñez para convertirse, en los albores del siglo XX, en un grupo social con características específicas.

Por otro lado, Kett (1993) sostiene que la adolescencia es un fenómeno descubierto e inventado, pues si bien los cambios sociales influyeron en el desarrollo de la adolescencia como estamento social y fase definida del ciclo vital, los adolescentes fueron caracterizados por los valores y las recomendaciones de los educadores y médicos de inicios del siglo XX. Es en este contexto que la adolescencia pasará a ser objeto de estudio para la propia disciplina psicológica, tal como se evidencia en las primeras obras

consagradas a esta materia a cargo de Stanley Hall en Estados Unidos y Pierre Mendousse en Francia.

Graville Stanley Hall a través de su obra *Adolescencia: su psicología y su relación con la fisiología, sociología, sexo, crimen, religión y educación* (1904), caracterizaba esta edad como una fase tormentosa e inestable, debido al conflicto interno de diversas tendencias. Este conflicto se traduciría en desordenes emocionales que mayoritariamente incentivarían la adopción de conductas egoístas, crueles y criminales. En tal sentido, el adolescente no debía insertarse en el mundo laboral inmediatamente, sino que debía ser educado para así poder madurar y desarrollarse, a través de la realización de tareas que le exigieran compromiso y respeto por el orden. En un sentido parecido, el pedagogo Pierre Mendousse publicará la obra *El alma de los adolescentes* (1909), donde realzará el rol de la institución escolar y los cambios afectivos e intelectuales que esta produce en el los individuos que atraviesan por este momento de la vida.

Sin embargo, Margaret Mead (1984) responderá a los planteamientos de Hall aduciendo que la adolescencia no significa necesariamente una edad tormentosa o caótica per sé. En la sociedad samoana, por ejemplo, la adolescencia ocurría sin mayores dificultades, sin algún cuestionamiento filosófico, ambición o conflicto que le representase algún tipo de sufrimiento al individuo. Por tanto, una adolescencia conflictiva correspondería más bien a las propias exigencias de cierto tejido social (moderno, industrial, etc.) que a una condición específica o universal inherente a este momento de la vida. En tal sentido, y aunque las investigaciones de Mead fueron objeto de críticas metodológicas años más tarde, las variables sociales y culturales comenzaban a ser reconocidas como factores cruciales en el entendimiento de la adolescencia. Esta perspectiva de estudio es la que caracteriza las investigaciones de David Le Breton, quien a través de su obra *La edad solitaria* (2007) plantea cómo ciertas conductas de riesgo, características de la adolescencia actual, no son más que una manera de elaborar el sufrimiento psíquico que se produce por la falta de instituciones sociales que aseguren la estabilidad simbólica y material de estos individuos en la actualidad.

Para dar cuenta de los factores sociales y culturales que influyen al propio adolescente, emerge en el campo de las ciencias sociales, específicamente de la sociología, la noción de juventud. Según Reguillo (2007) este constructo teórico se precipita en el último tercio del siglo XX a partir de tres acontecimientos principales: 1. El aumento de la esperanza de vida por las conquistas tecnológicas del periodo europeo de

la posguerra, que llevaron a retener a los jóvenes en establecimientos educacionales para equilibrar la fuerza productiva de la época; 2. La emergencia de una importante industria cultural que comenzaba a ofertar bienes exclusivos para los jóvenes y; 3. La profesionalización de las instancias de vigilancia y control que, reemplazando el castigo por la rehabilitación (o la readaptación), intentaban regular las expresiones de este nuevo estamento social.

La noción de juventud ha sido particularmente próspera en el contexto latinoamericano. Desde los años 80, diversas disciplinas de las ciencias sociales, como la sociología, la antropología y la educación se han preocupado de estudiar y registrar las condiciones de vida de distintas culturas juveniles. Si bien estas investigaciones se enfocaron inicialmente en aquellos grupos más excluidos, como los *favelados* de Brasil, los *sicarios* de Colombia y las *maras* en Guatemala y El Salvador, en la actualidad los estudios de la juventud han comenzado a adentrarse en las condiciones de vida de aquellos jóvenes que han podido insertarse en el sistema social. Así se han podido conocer las variables culturales, ecológicas y socioeconómicas que están detrás de las identidades de estas culturas juveniles.

De esta manera, mediante este breve recorrido por las nociones de pubertad, adolescencia y juventud es posible advertir cómo cada una de ellas enfatiza distintos aspectos de un mismo periodo de la vida. Por un lado, la pubertad explicita las modificaciones biológicas, la adolescencia refiere a los aspectos psicológicos y la juventud alude a las variables socio-culturales que influyen la vida del individuo que experimenta el tránsito y las transformaciones que median ese espacio de tiempo entre la niñez y la adultez. Asimismo se puede advertir cómo esta triada de nociones obedecen a la consolidación y la preocupación que despierta en distintos campos del saber la experiencia de los otrora niños y potenciales adultos: la pubertad proviene de la mirada médica, la adolescencia se origina en el terreno de la ciencia psicológica, mientras la juventud atañe a la comprensión sociológica.

Sin embargo también han existido campos del saber que han erigido una historia particular en torno a la problemática adolescente. Uno de esos campos, que de manera casi simultánea a la propia psicología ha advertido la complejidad de esta tematica es el psicoanálisis.

III. Psicoanálisis y adolescencia

Se puede situar el origen del psicoanálisis con la publicación de *La interpretación de los sueños* en el año 1900. Heredera de una tradición decimonónica, la ciencia psicoanalítica se funda en una escuchar singular de la enfermedad mental.

El psicoanálisis puede ser entendido como un método de investigación, una manera de hacer psicoterapia y como un conjunto de teorías psicológicas y psicopatológicas que sistematizan los datos obtenidos por estos mismos métodos (Laplanche y Pontalis, 2004). La investigación psicoanalítica procura extraer los aspectos inconscientes de la actividad psíquica, es decir, intenta rescatar lo “no-dicho” en las palabras, los actos y las producciones imaginarias (sueños, fantasías, etc.) del propio sujeto. Como método psicoterapéutico, el psicoanálisis se funda en este aspecto inconsciente a través de la interpretación controlada de aquellos fenómenos (transferencia, resistencia, deseo) que se suceden en el encuentro íntimo entre analista y analizante. Finalmente, la unión entre la investigación y la psicoterapia permiten producir un conjunto de teorías que buscan explicar y comprender tanto los fenómenos patológicos como aquellos no patológicos de la vida psíquica.

El psicoanálisis, al igual que todas las ciencias, no escapa a la división entre una práctica y una teoría. Los escritos técnicos de Freud permiten conocer el quehacer del psicoanalista al describir el conjunto de herramientas para tratar el material desplegado por el paciente en cada sesión psicoterapéutica. La transferencia y/o la resistencia, la interpretación de los sueños, la atención libre flotante y la regla fundamental emergieron como herramientas técnicas a partir de la experiencia clínica que Freud tuvo con sus primeros pacientes. Pero a su vez, junto a la consolidación de esta técnica particular, se conformó una manera de pensar y comprender la psique que resultaría absolutamente novedosa para la época de Freud. La comprensión del síntoma de la enfermedad mental en función de lo inconsciente, la represión y la sexualidad infantil permitieron relevar la acción de lo “no-dicho” en la propia constitución psíquica. De esta manera, se constituyó una teoría al interior del propio psicoanálisis que, integrando las premisas anteriores y la relación establecida entre el médico y el paciente, hoy es conocida como metapsicología.

En *Psicopatología de la vida cotidiana* se encuentra por primera vez la noción de metapsicología. Allí se la equipara con una práctica que rompe con la epistemología psicológica común de la época freudiana, centrada en los procesos conscientes; la metapsicología sería una psicología más allá de la conciencia y tendría como supuesto fundamental lo inconsciente (Freud, 1901). Por otra parte, en *Lo inconsciente*, la metapsicología refiere a una forma particular de exponer los fenómenos psíquicos, que solo será completa si se consideran los aspectos tópicos, dinámicos y económicos que están a la base (Freud, 1915a). Finalmente, en *Análisis terminable e interminable*, la metapsicología puede ser entendida como una “hechicera” que, a propósito del quehacer clínico, permite reorganizar, a través de nuevas hipótesis o especulaciones, el propio campo teórico (Freud, 1937).

De esta manera, y particularmente a propósito de esto último, la metapsicología puede entenderse como una sistematización inacabada de la teoría psicoanalítica que, destacando el aspecto inconsciente y rescatando las dimensiones tópicas, dinámicas y económicas de los fenómenos psíquicos, se encuentra abierta a los nuevos aportes desprendidos del ejercicio investigativo y psicoterapéutico (Assoun, 2002).

Las problemáticas actuales de la vida psíquica y los fenómenos altamente sensibles a las influencias del marco socio-cultural suelen reordenar o cuestionar las premisas que fundan la metapsicología. Aunque esto puede provocar la exasperación de aquellos que pretenden conservar cierta comprensión particular del psicoanálisis, también hay quienes aprovechan esta situación para detenerse y analizar tanto la práctica como la teoría con las que abordan sus objetos de estudio. Uno de aquellos fenómenos altamente sensibles a las variables socio-culturales y, por lo mismo, de un dinamismo sin parangón, es la adolescencia. Como se ha señalado anteriormente, la adolescencia no sólo es el producto de ciertas transformaciones sociales, sino que además es el resultado de un discurso que gira alrededor de ella, constituyéndola. Al igual que la niñez, la adolescencia no ha sido siempre la misma, pues la manera en que ésta se experimenta obedece a las influencias de las instituciones que norman su actuar como de los discursos académicos que la intentan comprender.

La adolescencia se vuelve una temática de estudio para la ciencia psicoanalítica a partir de los primeros trabajos sobre el entendimiento y la práctica clínica con niños. Es a propósito de la problemáticas sobre la vida psíquica infantil que la adolescencia

comenzará a ser estudiada por los propios psicoanalistas, específicamente, a través de las transformaciones que ésta implica para la constitución psíquica y subjetiva.

Se podría dividir la historia del psicoanálisis sobre la adolescencia en tres momentos. En un primer periodo, algunos psicoanalistas contemporáneos y posteriores a Freud, como Hermine von Hug-Hellmuth, Ernest Jones, Anna Freud y Melanie Klein, intentarán delimitar las condiciones y los límites del psicoanálisis infanto-juvenil mediante una revisión de la teoría y la técnica clínica cimentada por Freud. En tal sentido, las protagonistas de las denominadas “controversias” por ejemplo, se atreverán a plantear que el adolescente se caracteriza por una falta de equipamiento psíquico que lo deja a merced de los impulsos y deseos que provienen del ello, cuestión que lo transforma en un candidato adecuado para el trabajo psicoanalítico.

En un segundo momento, se comenzarán a desarrollar las primeras propuestas teóricas en torno a la temática adolescente, a propósito de los planteamientos de Erik Erikson y Peter Blos. Asimismo, algunos pediatras o psiquiatras de orientación psicoanalítica, como August Aichhorn, Siegfried Bernfeld y Donald Woods Winnicott, se interesarán por la adolescencia debido a su trabajo clínico con jóvenes delincuentes (Marty, 2006). Con algo de novedad, estos autores acuñarán algunos conceptos para definir la adolescencia, yendo más allá del propio Freud. Así, mientras Erikson concibe este momento de la vida como una “moratoria social,” en tanto tiempo espera donde el individuo busca su identidad e interactúa de manera intensa con sus sentimientos y el entorno, Blos recurrirá a la idea de un “segunda individuación”, al pensar que la adolescencia es un símil del proceso de separación-individuación que experimenta la cría humana entre los 5 y 35 meses de edad.

Finalmente, el psicoanálisis de la adolescencia será representado por diversos autores de origen francés o latinoamericano, como Françoise Dolto, Piera Aulagnier, Arminda Aberastury, Évelyne Kestemberg y Philippe Gutton que, bajo los lineamientos teóricos de Freud o de Lacan, expondrán nuevas ideas en torno al desarrollo adolescente y/o su relación con problemáticas psicopatológicas.

La adolescencia ha sido un tema de interés desde el origen de la ciencia psicoanalítica, por ello resulta complejo obtener una comprensión teórica unificada en relación a este momento de la vida. De hecho, a veces parecieran convivir perspectivas teóricas que se contradicen entre sí, tal es el caso de la concepción evolucionista de la

adolescencia que plantea Peter Blos frente al abordaje histórico propuesto por Piera Aulagnier (Klein, 2012). Esta variedad de perspectivas teóricas sobre la adolescencia permiten pensar, por un lado, tanto en la complejidad de la temática como en la multiplicidad de niveles desde donde ésta puede ser abordada, así como también, en las influencias socio-culturales a las que podrían responder cada uno de estos discursos sobre la adolescencia.

Uno de los aspectos más controvertidos sobre la comprensión de la adolescencia remite justamente a sus orígenes, específicamente, a los factores que influyen o despiertan las transformaciones que en ella se suceden. En este sentido, se arrastra una discusión antigua en torno a las influencias biológicas y socio-culturales del proceso adolescente. Si bien la noción de pubertad se ha constituido como el constructo teórico que resume las modificaciones orgánicas y, por ende, la influencia de la variable biológica durante este momento de la vida, ésta asume un valor preponderante para ciertas posiciones teóricas que intentan comprender el curso de esta edad.

El mismo psicoanálisis ha tomado parte de esta situación. Desde los planteamientos teóricos de Sigmund Freud sobre las metamorfosis de la pubertad, se pueden apreciar la variable biológica como rasgo distintivo durante este momento de la vida. Y desde ahí en adelante, ciertas teorías psicoanalíticas han resaltado el valor de ésta en la adolescencia, específicamente, en el origen, desarrollo y los alcances de la sexualidad. De alguna u otra manera la pregunta por la biología al interior del proceso adolescente ha estado presente en las teorías psicoanalíticas sobre la adolescencia, ahora bien como no resulta posible abordar en detalle todas las perspectivas, se ha decidido trabajar en base a dos autores específicos, quienes justamente le dan un valor crucial al componente biológico u orgánico durante este momento de la vida: Arminda Aberastury y Philippe Gutton.

IV. Los duelos de la adolescencia según Arminda Aberastury

Arminda Aberastury, psicoanalista argentina, dedicó toda su vida al trabajo clínico con niños y adolescentes. Sus planteamientos recogen las ideas del psicoanálisis infantil planteado por Anna Freud, aunque también fue pionera en ocupar los métodos

terapéuticos de Sophie Morgenstern, además de tener un intercambio epistolar con Melanie Klein. En relación a la temática adolescente publica junto a Mauricio Knobel el texto titulado *La adolescencia normal (1971)*, donde da a conocer sus ideas en torno a tal momento de la vida, convirtiéndose desde allí en adelante en la primera psicoanalista latinoamericana en elaborar una teoría propia sobre la adolescencia.

Aberastury sostiene que la adolescencia está profundamente marcada por la experiencia del duelo. El individuo atraviesa por un momento doloroso, ya que se ve invadido por una serie de modificaciones que alteran su cuerpo, su identidad y la relación establecida con los padres.

Durante la adolescencia, el individuo fluctúa entre una dependencia y una independencia extrema, ya que intenta, de manera simultánea, contrarrestar los cambios impuestos por la vida adulta como desprenderse del estado infantil. La adolescencia se vive como un duelo, porque el individuo recurre a la intelectualización, la regresión y la fantasía para enfrentar aquellos cambios que provienen tanto del interior como del exterior de su cuerpo (Aberastury, 1959).

El adolescente atraviesa un momento de crisis, ambigüedad y confusión que modifica la relación con el mundo y su entorno social más cercano (Aberastury y Knobel, 1971). Los cambios vividos por el adolescente lo instan a una búsqueda constante por una identidad que lo resguarde o asegure de la crisis por la que atraviesa, lo que en ocasiones lo lleva a incorporar ideologías e ideales que en cierta medida lo estabilizan.

La ambivalencia que experimenta el individuo solo podrá ser resulta “si se elabora lenta y dolorosamente el duelo por el cuerpo de niño, por la identidad infantil y por la relación con los padres de la infancia” (Aberastury y Knobel, 1971, p.15). Es decir, la “crisis” adolescente sólo podrá ser elaborada si el niño púber es capaz de: enfrentar los cambios que alteran la imagen y la estructura de su cuerpo, abandonar el “status” o el rol de dependencia que ocupaba en el entramado familiar, y desidealizar la imagen que hasta ahora tenía de las figuras paternas.

Sin embargo, la elaboración del duelo por el cuerpo, la identidad y los padres de la infancia no sólo dependen del adolescente. Los padres pueden convertirse en los peores aliados para enfrentar esta crisis si ellos reaccionan con ambivalencia y resistencia ante el crecimiento de sus hijos. A veces los padres reaccionan con una libertad sin

límites o con una absoluta sobreprotección ante los cambios que el niño púber comienza a experimentar, cuestión que dificulta el proceso de duelo que el adolescente ha de atravesar. Por este motivo, Aberastury y Knobel (1971) plantean la necesidad de incluir a los padres en el trabajo clínico, ya que la adolescencia de los hijos no sólo es capaz de interpelar el discurso paterno, sino que además puede remover sus propias experiencias en tanto los adolescentes que alguna vez fueron.

Ahora bien, aunque la adolescencia implica vivir un duelo en tres niveles de la experiencia individual, la autora pareciera concederle un lugar privilegiado a uno de ellos. Para Aberastury y Knobel (1971), los duelos no poseen el mismo grado de relevancia:

“La pérdida que debe aceptar el adolescente al hacer el duelo por el cuerpo es doble: la de su cuerpo de niño cuando los caracteres sexuales secundarios lo ponen ante la evidencia de su nuevo status y la aparición de la menstruación en la niña y el semen en el varón, que les imponen el testimonio de la definición sexual y del rol que tendrán que asumir, no sólo en la unión con la pareja sino en la procreación” (p.16).

En tal sentido, la pérdida del cuerpo infantil lleva a una transformación en 180 grados de la subjetividad. La modificación del cuerpo implica una pérdida que es doble, ya que los caracteres sexuales secundarios atestiguan la entrada del individuo al mundo adulto, y por consiguiente, el abandono del lugar infantil, mientras que el despertar fisiológico pareciera predestinar una identidad sexual acorde a los lineamientos de la especie.

Ahora bien, más allá de entrar en la discusión de esta última idea, criticable no sólo desde una argumentación feminista sino que desde los propios aportes del psicoanálisis, esta cita explicita el lugar que el cuerpo, en tanto materia y sustancia, connota para el curso de la adolescencia. Es que la perspectiva teórica de Aberastury se enmarca en un principio fundamental: todo lo psíquico tiene un fundamento corporal. Pues bien, el fundamento de la crisis adolescente se remonta a la modificación que toca al cuerpo. Esta mutación es vista como una señal para trastocar la relación entre el niño y sus padres; si ya no se tiene un cuerpo de niño, no hay razón para ser tratado ni sentido como tal.

V. Lo puberal según Philippe Gutton

Philippe Gutton, psicoanalista francés, es autor de diversas publicaciones dedicadas al trabajo clínico con lactantes, niños y adolescentes. Fundador en el año 1983 de la revista *Adolescence*, es autor de diversos artículos que exploran las problemáticas afines y actuales de la adolescencia, como la paternidad, los grupos de pares y la violencia. Su teoría en torno a la pubertad y la adolescencia es una mixtura entre las ideas freudianas y los planteamientos de algunos psicoanalistas contemporáneos o posteriores a Freud, como Sandor Ferenczi, Jean Laplanche, Évelyne Kestemberg, Serge Lebovici y René Diatkine. La mayoría de sus ideas son recogidas en dos de sus obras más importantes: *Le pubertaire* y *Adolescens*, textos escritos en 1991 y 1996 respectivamente.

Desde un comienzo, Philippe Gutton establece una diferenciación al interior de la experiencia adolescente. Para este autor existiría una primera fase caracterizada por la sexualización de la vida psíquica y una segunda que, opuesta a esta última, desexualizaría lo psíquico mediante el uso de la identificación y la idealización:

“La sexualización del trabajo psíquico constituye lo puberal y crea un material a elaborar. De manera concomitante, la pubertad instituiría una genitalización de las representaciones incestuosas y su idealización organizadora: a la primera la llamamos *puberal*, a la segunda, *adolescens*” (Gutton, 1993, p. 12).

En tal sentido, la pubertad sería el proceso que introduce la erogenización de la zona genital y además se correspondería con la sexualización de las experiencias y los contenidos psíquicos vividos por el sujeto. Dicha sexualización está dada por la complementariedad de los sexos:

“El concepto al que conferimos la función de resumir la turbulencia de la nueva confluencia es el de complementariedad de los sexos. Concepto biológico, su utilización por los psicoanalistas fue hasta ahora fortuita. Corresponde a la definición originaria de la anfimixia ferencziana, o sea en biología a “la fusión de los dos gametos” y en psicoanálisis a la “de dos tendencias parciales a nivel de los órganos genitales” (Gutton, 1993, p. 22).

La complementariedad de los sexos es el motor de diversos cambios que el individuo experimenta al entrar en lo puberal. Gutton (1993) establece cuatro modificaciones principales:

1. *Una complementariedad entre la pulsión y el objeto*: la imposibilidad de la satisfacción pulsional de manera autoerótica hace que el individuo busque en el exterior algún objeto que lo satisfaga. Esta situación conllevaría dos posibles riesgos: una dependencia al objeto y una limitación de la actividad psíquica (falta de fantasía, idealización, etc.).

2. *La acción de un real biológico y el funcionamiento de las zonas erógenas genitales*: la pubertad es un real biológico, porque responde a las imposiciones de la genética y la filogenia. Por un lado, la erogenidad se centra en los genitales gracias al aumento de las hormonas (hipofisiarias y sexuales) y la modificación del tejido que las recibe. A su vez, este proceso hereda un dictamen de la especie que enlaza los órganos sexuales de los machos con los órganos sexuales de las hembras:

“Los programas biológicos del macho y la hembra, que son diferentes, se encajan uno en el otro como dos ruedas dentadas de un sistema de relojería, a menos que sobrevenga un sistema de escape siempre dramático para la especie” (Gutton, 1993, p. 27).

Esta complementariedad biológica se funda en cierto heteroerotismo instintivo que es definido como:

“la atracción que los caracteres de los sexos opuestos ejercen un sobre otro y que sella el final del autoerotismo infantil”: a la vez, primacía erógena del propio sexo y revelación del sexo complementario como “principal condición” exterior” (Gutton, 1993, p. 27).

No obstante, Gutton (1993) plantea que esta complementariedad entre macho y hembra es “interpretada perceptivamente” o “intuida interpretativamente” por el niño. Por esta razón este real biológico no debe confundirse con lo que ocurre en la realidad puberal, ya que entre lo uno y lo otro existiría cierta distancia cimentada por la noción de apuntalamiento:

“El paso entre real biológico (autoconservación de la especie) y lo pulsional debería ser manejado convenientemente por el concepto de apuntalamiento pulsional aplicado a las pulsiones genitales” (Gutton, 1993, p. 28).

De esta manera lo puberal se caracterizaría por una libidinización de lo biológico, haciendo que la zona de funcionamiento biofisiológico se torne el eje central de la sexualidad.

3. *El establecimiento de la sexualidad genital puberal como culminación de la seducción infantil*: la complementariedad de los sexos introduce un cambio en el estatuto del objeto. El niño ya no experimentará la sexualización vivida por los padres, pues lo puberal le permitirá volverse en un ente activo en la propia seducción:

“El adolescente ha dejado de ser pasivo en el sentido de la metapsicología. Se convierte en un activo seductor, lo cual se explica por la impotencia sexual inherente a los niños” (Gutton, 1993, p. 32).

De esta manera, el ahora púber podría: sexualizar los recuerdos de su infancia llegando a ser seducido por su propia pubertad, o identificarse con el lugar del seductor e iniciar así una carrera como creador de significantes enigmáticos para los demás: “ciertos niños púberes seducen a los niños más pequeños como se sienten seducidos por su propia pubertad” (Gutton, 1993, p. 33). De no ser preso de su propia seducción, el individuo quedará abierto a los aportes provenientes del otro sexo y de esta manera el “órgano sería descubierto por el atractivo que provocaría sobre el otro sexo tal como puede localizarlo por su excitación aparente o la de la persona entera que lo porta” (p. 34).

4. *La generación de una unidad narcisista originaria y puberal*: según Gutton (1993) la complementariedad de los sexos tiene un valor para el narcisismo del individuo. Durante el desarrollo de lo puberal el niño púber vive una complementariedad de órgano que hace experimentar al propio sexo en función del sexo opuesto:

“El objeto hallado que S. Freud denomina adecuado es un preobjeto. Se trata de una *complementariedad de órgano*: se percibe o, mejor dicho, se experimenta el órgano masculino como siéndolo, por Tal es el sentido que ha de darse a la concepción freudiana que considera la pubertad como el fin del autoerotismo” (Gutton, 1993, p. 35).

Esta complementariedad se transforma en una potencialidad narcisista puberal *“resultante de la intuición del otro sexo susceptible de llenar la falta”* (Gutton, 1993, p. 37). Y la ausencia o presencia de esta intuición podría explicar tanto la *“incompletud tan intensamente sentida por los adolescentes, como la integridad narcisista que la ilusión deja percibir como posible. El otro sexo queda situado en el lugar de aquella madre ilusoria que era capaz de ofrecer a la percepción todo lo que el sujeto imaginaba de ella”* (Gutton, 1993, p. 38).

En este sentido, la complementariedad de los órganos sexuales resultaría ser una intuición radical para la constitución psíquica del individuo llegando a desencadenar ciertos cuadros psicopatológicos de la adolescencia:

“Por el contrario, la castración sería el incumplimiento de la potencialidad de la relación con el otro sexo. Se trata sin duda de una problemática narcisista, pues la falta en cuestión impediría la constitución del “yo” [Je]. El órgano genital del sujeto resultaría entonces inutilizable, bobo, ajeno, pegado sin que se lo subjetive. Separado de su objeto-fuente, perdería su apuntalamiento erótico como órgano estudiado por el psicosomatólogo. El lugar del sexo se transformaría en laguna en la imagen del cuerpo, que puede cobrar vida y volverse persecutoria. Este razonamiento es del mayor interés para comprender la clínica de la pasividad en la adolescencia, de tanta frecuencia y tan complejo tratamiento” (Gutton, 1993, p. 43).

Integrando los planteamientos de Gutton con los de Aberastury en relación al proceso adolescente, es posible extraer ciertas comparaciones:

En primer lugar, el elemento que fundamenta el desarrollo de la adolescencia es distinto para cada uno de los autores, pues mientras uno lo concibe como un proceso marcado por la pérdida, el otro recalca el valor de la sexualización de los contenidos psíquicos a propósito de la creencia en la complementariedad de los sexos. Para Aberastury, la adolescencia significa un periodo de elaboración signado por la pérdida del cuerpo y el status infantil, mientras que para Gutton la adolescencia, específicamente la pubertad, comporta desde un principio una ganancia, la posibilidad del encuentro sexual.

Lo anterior tiene una repercusión directa en el carácter de la adolescencia. Para Aberastury el adolescente atraviesa un momento crítico, caracterizado por la ambigüedad y la confusión, devenido del duelo por el cuerpo infantil, mientras que para Gutton la

mutación corporal no representan mayor problema, pues se concibe como un cambio que se condice con la creencia en la complementariedad de los sexos.

No obstante, aunque las comprensiones sobre la adolescencia difieran, es bastante evidente cómo la dimensión biológica adquiere un valor trascendental en los planteamientos de ambos autores. Por un lado, Aberastury recalca la importancia de la mutación corporal y de los cambios biológicos, específicamente, la presencia de los caracteres sexuales secundarios y las secreciones fisiológicas, mientras que Gutton enfatiza tanto la complementariedad de los órganos sexuales como el lugar que adquieren los genitales durante la pubertad.

La relevancia de la dimensión biológica es un punto de encuentro entre estos dos autores, pero la pregunta por el valor de esta dimensión ha estado presente desde mucho antes en las perspectivas psicoanalíticas de la adolescencia. Incluso, desde los planteamientos de Sigmund Freud el factor biológico ha sido un elemento a considerar no sólo cuando se discute sobre la adolescencia, sino también al intentar comprender el carácter de la sexualidad.

Sin embargo, aunque estos autores acuden al escrito freudiano para poder dar cuenta del valor de la biología durante la adolescencia, sería un error asumir que Freud sólo destacó este aspecto al describir este momento de la vida. En tal sentido, definir la adolescencia en función del aspecto exclusivamente biológico significa entregar una visión parcial de este proceso, cuestión que finalmente perjudica el desarrollo de una comprensión más amplia de los acontecimientos que puedan experimentar los propios adolescentes. Por esta razón, y con el objetivo de tamizar la relevancia del factor biológico en las perspectivas teóricas de la adolescencia, expondré a continuación algunos pasajes que dan cuenta de la concepción freudiana en torno a este momento de la vida.

VI. Las metamorfosis de la pubertad según Sigmund Freud

En la obra freudiana es posible encontrar tanto la noción de pubertad como la de adolescencia, y aunque la primera pareciera tener un uso más frecuente, la segunda se caracteriza por estar presente desde un inicio al interior de la obra (específicamente desde los *Estudios sobre la histeria*). No obstante, aunque sea posible encontrar ambas

nociones, resulta evidente que no coinciden con la significación que cada una de estas tiene en la actualidad. Seguramente Freud ocupó el término pubertad, porque el contexto de producción de su obra y su formación como médico lo influyeron a esto, pero resultaría errado creer que cuando Freud describe la pubertad sólo se está enfocando en la variable biológica para su comprensión. En este capítulo intentaré dar cuenta de ello.

Sin embargo, Freud no consagró algún escrito en particular a la pubertad o a la adolescencia, tampoco propuso alguna técnica específica para el trabajo con adolescentes, aun cuando atendió a pacientes que por su edad podrían ser vinculados a tal momento de la vida. Por esta razón, los planteamientos freudianos en torno a la pubertad sólo pueden ser desprendidos de manera secundaria, y sólo si se tiene presente el objetivo principal del autor: teorizar sobre la sexualidad. Es a propósito de su interés por explicar el origen de la sexualidad que Freud se topa con la pubertad, en tanto conjunto de modificaciones biológicas que se suceden durante un momento específico de la vida y que alteran el acontecer de la sexualidad infantil.

Por último, pero no por ello menos importante, cuando se estudia la adolescencia en la obra freudiana se ha de tener presente la advertencia que Freud mismo realiza acerca de los alcances de sus planteamientos: ellos tienen validez sólo en el caso de los hombres. Por esta razón, cada vez que Freud describa sus ideas en torno a la sexualidad y la pubertad, habrá que tener el cuidado necesario para no generalizar sus hipótesis al campo femenino.

Desde el inicio del tercer ensayo sobre teoría sexual, la pubertad se concibe como el escenario que inserta una serie de modificaciones en pos de la conformación de un nuevo orden sexual:

“Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que conllevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva. La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora es dada una nueva meta sexual; para alcanzarla, todas las pulsiones

parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital” (Freud, 1905, p. 189).

Al leer esta primera cita, es posible notar la importancia que la pubertad reviste en el curso de la sexualidad. El marco pubertario introduce un nuevo orden sexual, mediante el hallazgo del objeto y la organización pulsional bajo el primado de la zona genital. De esta manera, se trastoca el carácter parcial, desorganizado y autoerótico de la sexualidad infantil.

Por otro lado, Freud concibe el proceso pubertario como el responsable de la madurez sexual, pues lleva a la sexualidad a su "conformación normal definitiva". Por tanto, la pubertad no es cualquier fenómeno en el campo de la sexualidad; pues desde allí en adelante el individuo será testigo de un proceso que corta la sexualidad en dos y que en un sentido evolutivo la finaliza.

Ahora bien, aunque la introducción de este nuevo orden sexual ocurra en el contexto de la pubertad, es posible elevar una serie de preguntas en relación a ella: por un lado, ¿qué dimensión está detrás de la introducción del primado de la zona genital y el hallazgo de objeto sexual durante la pubertad?, ¿responden estos a un factor de carácter biológico o más bien a una influencia de otro nivel?; por otra parte, ¿qué implica aquella frase que concibe esta nueva sexualidad como la "conformación normal" y "definitiva" de la sexualidad infantil?, ¿ha de entenderse como el destino inevitable del desarrollo sexual o como una modalidad más de la sexualidad en el individuo?

Freud (1905) continúa con su exposición de la pubertad tomando en consideración una de sus manifestaciones más evidentes, la modificación corporal que ella desencadena:

“Se ha escogido como lo esencial de los procesos de la pubertad lo más llamativo que ellos presentan: el crecimiento manifiesto de los genitales externos, que durante el periodo de latencia de la niñez había mostrado una relativa inhibición. Al mismo tiempo, el desarrollo de los genitales internos ha avanzado hasta el punto de poder ofrecer productos genésicos, o bien recibirlos, para la gestación de un nuevo ser. Así

ha quedado listo un aparato en extremo complicado, que aguarda el momento en que habrá de utilizárselo” (p. 109).

De esta manera, Freud enumera los cambios corporales que ocurren durante la pubertad, pero también consigna que éstos son de vital importancia para la conformación definitiva del aparato sexual. La pubertad es responsable del crecimiento de los órganos y el desarrollo de las sustancias que estructuran este aparato, sin embargo su funcionamiento depende de las excitaciones provenientes de la estimulación de las zonas erógenas, las pulsiones y/o las impresiones a las que se enfrenta la vida anímica.

Por tanto, no existe una vinculación directa entre la modificación corporal acaecida durante la pubertad y cierto sentimiento de pérdida (duelo) en el individuo, tal como lo plantea Aberastury. Por el contrario, uno de los cambios introducidos por la conformación del aparato sexual tiene como efecto la generación de una nueva vía para la obtención del placer. Es que la contracción corporal que permite la descarga de las sustancias genésicas implica un nuevo placer que complementará al placer de la sexualidad infantil:

“No me parece injustificado fijar mediante un nombre esta diferencia de naturaleza entre el placer provocado por la excitación de las zonas erógenas y el producido por el vaciamiento de las sustancias sexuales. El primero puede designarse convenientemente como *placer previo*, por oposición al *placer final* o placer de satisfacción de la actividad sexual. El placer previo es, entonces, lo mismo que ya podía ofrecer, aunque en escala reducida, la pulsión sexual infantil; el placer final es nuevo, y por tanto probablemente depende de condiciones que sólo se instalan con la pubertad” (Freud, 1905, p. 192).

Entonces, la pubertad no sólo implica una modificación de la sexualidad en cuanto al objeto y la organización erógena, esta además es responsable del origen de un tipo de placer producto de la descarga de la tensión sexual. El surgimiento de este placer de descarga será el representante de una separación entre dos sentimientos indiferenciados durante la niñez. Durante la infancia, la tensión sexual equivalía a la satisfacción de ésta, pero con el arribo de la pubertad esto ya no será así; la satisfacción sexual estará precedida de la acción del placer final y, por ende, de la descarga de las sustancias

genésicas. Por esta razón Freud relegará la sexualidad infantil al momento preparatorio del acto sexual.

Durante la pubertad, la zona genital se convertirá en el eje organizador de la sexualidad mediante el establecimiento de las zonas rectoras en el hombre y en la mujer. Desde la infancia, el individuo ha vivido su sexualidad de manera desorganizada, a través de la excitación de las diversas zonas erógenas de su cuerpo, pero con la pubertad el placer se subordinará a un sector específico de este: el glande en el caso del hombre y la vagina en el caso de la mujer. Y aunque esta situación sea un hecho causado por la pubertad, no resulta tan claro identificar cómo y qué dimensión de ésta lo origina.

En cierto sentido se podría pensar que el primado de la zona genital es una marca de la dimensión biológica en el individuo, pues uno de sus antecedentes directos (el placer final) depende de la existencia de una estructura y unas sustancias específicas. Sin embargo, no es posible quedarse con esta idea, pues en ocasiones, tanto la presencia de la estructura genital como de las sustancias que producen el placer final, no son garantes suficientes para que la sexualidad se organice en función de esta zona del cuerpo. Es que la sexualidad, por lo menos desde la perspectiva psicoanalítica, va más allá de la dimensión puramente biológica. Y si bien es cierto que esta dimensión tiene su lugar en el establecimiento de las zonas erógenas, sólo cierta historia particular anudará el placer sexual a estas últimas. Dando cuenta de esto, Freud (1905) escribe:

“El malogro de la función sexual del mecanismo sexual por culpa del placer previo se evita, sobre todo, cuando ya en la vida infantil se prefigura de algún modo el primado de las zonas genitales. Los dispositivos para ellos parecen estar realmente presentes en la segunda mitad de la niñez (desde los ocho años hasta la pubertad)” (p.193).

Por lo tanto, la sexualidad genital no es un efecto directo de la pubertad, pues esta también obedece a condiciones incluso anteriores a este momento de la vida. En tal sentido, esta cita abre la pregunta por la historia particular de cada individuo, es decir, por el conjunto de experiencia que se poseen en el terreno de la sexualidad y que están sujetas a las relaciones que se establecen con los otros. Evidentemente esta historia remite a una sexualidad que difiere de la sexualidad que acontece con la llegada de la pubertad. La sexualidad infantil no se rige ni por sustancias ni por el desarrollo de órganos

específicos, más bien pone en el centro una noción fundamental para su comprensión: se trata del concepto de libido.

La libido es un concepto complejo, sin una definición unívoca al interior de la obra freudiana, pero a grandes rasgos se puede describir como un fenómeno de orden cualitativo y cuantitativo. Cualitativamente la libido responde a la expresión psíquica de la pulsión sexual, mientras que cuantitativamente se la reconoce como la unidad de medida de las transformaciones que experimenta la excitación sexual (Laplanche y Pontalis, 2004). Y si bien Freud no es preciso al definir el origen de la libido, siempre intenta destacar la diferencia cualitativa que esta fuerza posee con la energía psíquica general y con cierto quimismo particular:

“Con relación a su particular origen, la diferenciamos de la energía que ha de suponerse en la base de los procesos anímicos en general, y le conferimos así un carácter también cualitativo. Al separar la energía libidinosa de otras clases de energía psíquica, damos expresión a la premisa de que los procesos sexuales del organismo se diferencian de los procesos de la nutrición por un quimismo particular” (Freud, 1905, p. 198).

En relación a la libido y el proceso pubertario, Freud (1905) escribe:

“La pubertad, que en el varón trae aparejado aquel gran empuje de la libido, se caracteriza para la muchacha por una nueva oleada de represión, que afecta justamente a la sexualidad del clítoris” (p. 201).

Esta cita marca la diferencia que la pubertad femenina tiene en relación a la pubertad masculina: la primera, a diferencia de la segunda, no sólo significa un traslado de la zona erógena (del clítoris a la vagina), sino que además se experimenta con una cuota mayor de represión. Pero más allá de entrar en una discusión sobre el punto de vista freudiano acerca de la sexualidad femenina, este pasaje deja entrever cómo el comportamiento desigual de la libido está emparentado con la diferencia sexual y, lo que es más importante, provoca consecuencias directas en el cuerpo, específicamente, en el establecimiento de las zonas rectoras, ejes de la sexualidad genital durante la pubertad. Y aunque uno podría preguntarse por el razonamiento que está detrás de esta

diferenciación del comportamiento de la libido en la mujer, habría que cuestionar en primer lugar qué motivos tiene Freud para pensar que la pubertad masculina implica necesariamente el estallido reforzado de la libido, es decir, cuál es el fundamento que lleva a Freud a creer que todos los varones viven un reforzamiento de su energía sexual al convertirse en adolescentes; ¿acaso la razón se cobija en una disposición interna del cuerpo masculino o más bien este reforzamiento libidinal es una consecuencia más del lugar que la sociedad y la cultura le otorgan a hombres y mujeres?

Pero la pubertad no sólo significa la consolidación de un cuerpo para el ejercicio de la sexualidad, ni tampoco el primado de ésta bajo la zona genital. El niño púber también experimentará un cambio en la relación con su entorno social al reencontrarse con el objeto sexual. Este reencuentro estuvo antecedido tanto por la pérdida del objeto sexual de la lactancia (el pecho) como por los primeros atisbos de la elección de objeto durante la latencia:

“Pero de estos vínculos sexuales, los primeros y los más importantes de todos, resta, aun luego de que la actividad sexual se divorció de la nutrición, una parte considerable, que ayuda a preparar la elección de objeto y, así, a restaurar dicha pérdida. A lo largo de todo el periodo de latencia, el niño aprende a *amar* a otras personas que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades” (Freud, 1905, p. 203).

Es decir, el hallazgo de objeto sexual durante la pubertad también obedece a una historia que se forja durante los primeros años de la lactancia y el periodo de latencia. La pubertad estará marcada por esta historia en relación al objeto sexual, pero se diferenciará de la lactancia y la niñez al cambiar la posición del individuo frente a éste último. Es que ya no se tratará del objeto parcial de la pulsión sexual, sino de la relación sexual que puede establecerse con un otro, en tanto objeto total.

Para Freud (1905) el primer espacio donde la elección de objeto se llevará a cabo es en el de la representación "y es difícil que la vida sexual del joven que madura pueda desplegarse en otro espacio de juego que el de las fantasías" (p. 206). Serán las fantasías las que retrotraerán al presente las inclinaciones infantiles del individuo, lo que pondrá en primer plano la problemática del incesto en la propia pubertad. Y aunque estas fantasías permiten ensayar la elección del objeto sexual durante la pubertad, y por lo general

terminan siendo desestimadas por el propio individuo, es interesante notar que este producto psíquico no sea objeto de mayor análisis para los teóricos sobre la adolescencia. En la mayoría de los casos la fantasía suele pensarse como un mecanismo de defensa, pero durante la pubertad pareciera tener un valor diferente, más bien esencial para la constitución psíquica del propio individuo.

Por último, aparte del reencuentro con el objeto sexual y el uso de la fantasía, la pubertad también será el escenario para obtener un logro psíquico crucial y complejo para el individuo:

“Contemporáneamente al doblegamiento y la desestimación de estas fantasías claramente incestuosas, se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos, del periodo de la pubertad: el desasimiento respecto de la autoridad de los progenitores, el único que crea la oposición, tan importante para el progreso de la cultura, entre la nueva generación y la antigua” (Freud, 1905, p. 207).

Debido a este desasimiento de la autoridad paterna, el adolescente podrá hacer mella de la endogamia familiar y evitar así las inclinaciones incestuosas que han sido motivadas por el reencuentro con el objeto sexual. Pero al mismo tiempo, la desestimación de la autoridad paterna repercutirá en el desencuentro intergeneracional característico del proceso adolescente, pues durante este momento de la vida el individuo se volverá crítico de la manera en que los adultos han organizado la sociedad. Por este motivo, la adolescencia también será en términos sociológicos, un momento crucial para reorganización de las relaciones de fuerza y resistencia entre los propios adolescentes y entre estos y las generaciones anteriores.

El recorrido por los planteamientos freudianos en torno a la pubertad, permite concluir que para el fundador del psicoanálisis éste momento de la vida se caracteriza por ser un proceso de transición marcado por el cambio. Las modificaciones más importantes se enmarcan en el terreno de la sexualidad y tienen por objetivo el establecimiento del primado de la zona genital y el encuentro con el objeto sexual. Estas transformaciones estarán en directa relación con otras situaciones vividas durante la pubertad, como la mutación corporal, el uso de la fantasía, el resurgimiento del problema del incesto y la desestimación de la autoridad paterna.

Si bien no resulta fácil definir con exactitud cómo se enlazan cada una de estas transformaciones, si es posible darse cuenta que Freud reconoce la importancia de la variable socio-cultural, específicamente de la historia, en el desarrollo de la pubertad. Cuando se visitan los planteamientos freudianos en relación a este momento de la vida no sólo se avizora el rol del cuerpo biológico en él, sino también la presencia que los otros (del pasado) tienen en todo este proceso, y mientras Aberastury y Gutton centran el origen de la adolescencia a cuestiones de índole biológica, como la mutación corporal y la complementariedad de los órganos sexuales respectivamente, Freud se permite incluir la pregunta por la historia individual en la propia experiencia pubertaria. Por esta razón es posible tamizar el valor de la biología durante este momento de la vida, permitiendo que en el siguiente apartado las concepciones de Aberastury y Gutton puedan ser objeto de discusión crítica.

VII. Discusión teórica en torno a los planteamientos de Philippe Gutton y Arminda Aberastury.

Aberastury explica la confusión o ambigüedad de la adolescencia a partir del trabajo de duelo al que es llevado el niño púber a propósito de la mutación corporal. En este sentido, esta autora pareciera apostar el desarrollo de la adolescencia a un fenómeno estrictamente biológico que se experimenta de manera pasiva. Si bien es posible reconocer la mutación corporal como un fenómeno característico de la pubertad, tal como lo consignó Freud, no resulta justo plantear que esta transformación implica un trabajo de duelo para todo niño púber. En ocasiones, esta mutación no despierta necesariamente un sentimiento aversivo o un estado marcado por la crisis o la confusión, más bien, algunos adolescentes buscan destacar estos cambios corporales en tanto permiten la adquisición de un nuevo “status” ante los demás. Dejar el cuerpo infantil no representa para todos los individuos una pérdida a ser elaborada; ocurre en ocasiones justamente lo contrario: la mutación corporal es una oportunidad para ser reconocido socialmente.

El cuerpo adquiere en los planteamientos de Aberastury un valor trascendental. Para esta autora, la transformación corporal no sólo significa una pérdida, sino que también la obtención de un rol que marcará un destino específico para hombres y mujeres. Los cambios fisiológicos y la aparición de las sustancias sexuales definen el rol de cada individuo en la procreación y en el ejercicio del amor. En tal sentido, la sustancia corporal sienta las bases del desenvolvimiento del individuo en el campo de la sexualidad.

Aunque es difícil estar en desacuerdo con la importancia que posee el cuerpo en la propia experiencia pubertaria, no resulta sensato definir el curso de la adolescencia en el puro aspecto biológico de este objeto. La mutación corporal es un hecho real de la pubertad, pero no hay que olvidar que esta transformación está inserta en una historia específica. La pérdida del cuerpo infantil podrá ser dolorosa para algunos individuos que inician la pubertad, pero habría que preguntarse si esto puede ser presentado como el hecho que define todas las adolescencias, cuando el cuerpo (y específicamente la relación que tenemos con él) también se ve atravesado por los valores propios de la cultura. Para que el cuerpo infantil sea un objeto de duelo tuvo que haber sido un lugar investido en algún momento, y bien sabemos que esto no es una condición universal a toda historia individual. Los cuerpos pueden investirse en distintos grados y de diversas formas, y seguramente esto dependerá del contexto que rodea a cada individuo; el punto está en intentar definir si el malestar sólo radica en la transformación corporal que experimenta el adolescente o si esta es una hipótesis que puede llegar a invisibilizar las condiciones socio-culturales (materiales sin duda) que acompañan este momento de la vida.

Por otra parte, la pregunta por la relevancia del aspecto biológico del cuerpo en el curso de la adolescencia, permite traer a escena una discusión sobre el estatuto mismo del cuerpo. Pues parte de la concepción de Aberastury en torno a la importancia de la biología procede de su creencia en aquel principio psicosomático que vincula todo fenómeno psíquico a uno de orden corporal:

“Los cambios psicológicos que se producen en este periodo [la adolescencia] y que son el correlato de cambios corporales, llevan a una nueva relación con los padres y con el mundo” (Aberastury y Knobel, 1971, p. 15).

Evidentemente no resulta fácil dar una respuesta unívoca sobre la concepción psicoanalítica del cuerpo. Al igual que la adolescencia, el cuerpo, como constructo teórico, recibe un variado número de significaciones. Sin embargo, se puede plantear que, al menos para Freud, el cuerpo no es sólo su anatomía y está en estrecha relación con el ejercicio de la sexualidad. Freud no desconoció la existencia de la dimensión biológica u orgánica en el propio individuo, esto se puede observar en las descripciones que realizó de los conceptos de pulsión, zona erógena, incluso en su misma concepción de la sexualidad, no obstante, también intentó poner en primer plano cómo el aspecto biológico se ve influenciado por la acción de lo inconsciente.

En este sentido, más allá de entrar en una discusión sobre el carácter de los fenómenos, intentando delimitar si tal o cual cuestión es puramente psíquica o puramente corporal, habría que preguntarse cómo lo inconsciente, es decir, cómo aquella sexualidad infantil reprimida, influye en la consideración que se tendrá del cuerpo durante la adolescencia y cómo esta misma historia se ve interpelada por los discursos presentes en el medio socio-cultural en donde el adolescente habita.

Tal como lo recuerda Assoun (1998), lo inconsciente no es el cuerpo, pero eso no significa que esta instancia psíquica no tenga relación con este orden. Freud mismo planteó como una quinta propiedad de lo inconsciente (aparte de la atemporalidad, la ausencia de contradicción, la movilidad de las investiduras y el reemplazo de la realidad exterior por una psíquica) la influencia que éste posee en el desarrollo de los procesos corporales: “el acto inconsciente tiene sobre los procesos somáticos una intensa influencia plástica que nunca posee el acto consciente” (Freud, 1915b, p. 184). Por esta razón, considerar el cuerpo durante la adolescencia, desde un punto de vista psicoanalítico, no significa necesariamente explicar los actos de los adolescentes a partir de la presencia o ausencia de ciertos órganos o sustancias, sino en función del conjunto de acontecimientos (discursos, pensamientos, figuras) que formaron parte de su historia singular.

Sin duda, la biología seguirá alterando los cuerpos, incluso intensamente durante la pubertad, pero ¿es posible sostener que la sola presencia de las sustancias sexuales definirá la posición subjetiva del adolescente ante su cuerpo, la reproducción o la pareja? Las transformaciones biológicas de la pubertad no pueden totalizar el campo comprensivo

de la adolescencia, pues los cambios corporales además de obedecer a las influencias de la biología, se insertan en un entramado discursivo que pertenece a cierto momento histórico y cultural. Para esto sólo hay que remitirse a los planteamientos de Foucault consagrados en los tres volúmenes de su *Historia de la sexualidad* (1976), donde se ejemplifica cómo la sexualidad y el uso del cuerpo obedecen a ciertas relaciones de poder personificados por grupos o instituciones sociales específicas.

Philippe Gutton también explicita la importancia de la dimensión biológica durante la adolescencia, pero haciendo referencia a un principio que regula el accionar del individuo durante este momento de la vida: la complementariedad de los sexos. De acuerdo a este autor, el individuo sexualizaría los contenidos psíquicos y sus propias experiencias debido a la irrupción de los cambios biológicos que no hacen más que justificar la creencia en la complementariedad de los sexos. El aumento de la erogenidad por la acción de las hormonas, la genitalización de la sexualidad, el complemento de los órganos, el heteroerotismo instintivo, la vida sexual de las especies no humanas, etc., son los elementos que le permiten pensar a Gutton en el valor de la complementariedad de los sexos para toda la experiencia adolescente.

Si es que uno compara los planteamientos de Gutton frente a los de Aberastury, se podría plantear que el primero tiende a radicalizar el valor de lo biológico. Para Gutton la pubertad es un fenómeno estrictamente biológico, pero no sólo porque allí se generen algunos cambios orgánicos que lo lleven a pensar en ello, como la consolidación de los órganos genitales producto del aumento de la acción de las hormonas, sino porque además existiría una biología de carácter psíquico. El “real biológico” no se vive tanto a nivel del cuerpo, sino que de la propia experiencia psíquica, pues la creencia en la complementariedad de los sexos, fundamentada en las modificaciones biológicas de la pubertad, se consolida como una idea que, en ocasiones, funciona como una convicción para el individuo.

En la actualidad, a propósito del “retorno a Freud” de Lacan, es posible hacer una crítica directa a la creencia en la complementariedad de los sexos. La relación sexual en los humanos se caracteriza fundamentalmente por su desencuentro, porque justamente no depende de la complementariedad de los órganos, si no de los aspectos inconscientes que están a la base. Aunque la diferencia de los órganos sexuales nos remita al

simbolismo de lo cóncavo y lo convexo o de dos ruedas dentadas, la biología no es garantía del encuentro sexual.

Sin embargo, se podría salvaguardar el planteamiento de este autor al pensar que la complementariedad de los sexos solo se da en un primer momento de la adolescencia. Es durante lo puberal donde los contenidos psíquicos se sexualizan, mientras la adolescencia sería un movimiento contrario, de desexualización de estas experiencias a través de la idealización y la identificación llevada a cabo por el individuo. Sin embargo, y teniendo esto último presente, aún es posible preguntarse ¿por qué toda pubertad remitiría necesariamente a una sexualización psíquica devenida de la complementariedad de los sexos? Quizás la complementariedad de los sexos tenga valor para ciertos jóvenes, pero subestimaríamos el carácter dinámico de la dimensión socio-cultural y de su influencia en los individuos, al sostener que esta creencia es un pensamiento universal para todos los procesos adolescentes.

Según Gutton, la complementariedad de los sexos introduce cuatro cambios en el propio adolescente. Revisemos en detalle cada uno de estos cambios para vislumbrar algunas preguntas que permitan entender la pubertad y la adolescencia más allá de la pura dimensión biológica.

El primer cambio alude a la complementariedad entre la pulsión y el objeto. A partir de la pubertad, la sexualidad autoerótica, característica de la niñez, se abre paso al reencuentro del individuo con el objeto sexual, tal como lo plantea Freud. Sin embargo, es llamativo que Gutton plantee este reencuentro en términos de complementariedad, pues justamente lo que caracteriza a la pulsión es su relación de indeterminación con el objeto:

“El objeto (Objekt) de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar su meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción. No necesariamente es un objeto ajeno; también puede ser una parte del cuerpo propio” (Freud, 1915b, p. 118).

En tal sentido, la complementariedad entre la pulsión y el objeto no puede ser planteada como una característica de la pubertad, pues en la misma definición de pulsión se destaca la variabilidad del objeto. Hay que partir desde ese lugar, desde la falta de objeto en el plano pulsional, y recordar al mismo tiempo que la pulsión siempre es parcial,

por ende, no puede tener un objeto que la complemente. Más bien, frente a la complementariedad entre la pulsión y el objeto habría que preguntarse si esta obedece a una disposición yoica, más que una propiedad del orden pulsional.

El segundo cambio refiere a la acción de la biología en el propio individuo. Según Gutton, tanto las hormonas como la evolución poseen un rol fundamental para el establecimiento de la sexualidad genital. Sin embargo, y como se ha señalado a lo largo de este escrito, explicar el origen de la sexualidad genital en función de esta dimensión significa presentar una mirada parcial del problema.

La biología podrá aumentar la sensibilidad de ciertas zonas del cuerpo, pero el primado sexual de alguna de estas zonas responderá también a cierta historia particular. El mismo Freud reconoce que las condiciones de la sexualidad genital se presentan antes de la pubertad, y que el uso de esta zona del cuerpo ya posee una prefiguración en los primeros años de la niñez. La sexualidad genital no sólo obedece a la disposición erógena de los órganos, sino también a una fijación del placer a esa zona del cuerpo. Y tal fijación está en directa relación con la serie de eventos que anclan la libido con algún objeto, entendiendo objeto en un amplio sentido del término. Es que no se puede olvidar que la sexualidad bajo el primado de la zona genital es un destino más dentro de las diversas modalidades de la sexualidad (Rassial, 1999).

No obstante, para Gutton, la biología no lo dice todo. El autor plantea que el órgano genital debe ser libidinizado para convertirse en el eje de la sexualidad durante la pubertad. El punto es que esta libidinización ocurre gracias al otro, específicamente, al encuentro del órgano genital con el órgano genital del sexo opuesto. Esta idea, de ser cierta, resulta altamente problemática, pues no sólo desconoce la acción del carácter autoerótico de la sexualidad infantil, y de la potencial actividad onanista del individuo, además se sostiene en una visión particular del origen de la sexualidad: el apuntalamiento de la pulsión sexual vía seducción originaria sostenido por el psicoanalista francés Jean Laplanche.

El apuntalamiento es una propuesta teórica para dar cuenta del origen de la sexualidad infantil en el individuo. Jean Laplanche rescata esta noción escrita por Freud para sostener que el origen de la sexualidad no es exclusivamente endógeno y que en ella participa la acción de un otro. La sexualidad nacería apoyada en las funciones autoconservativas para luego independizarse y volverse autoerótica. Desde esta

perspectiva, la idea de un autoerotismo originario o un narcisismo primario resulta altamente compleja de sostener; desde un primer momento el individuo se encuentra con un objeto que deberá recuperar más adelante.

Para sostener la teoría del apuntalamiento, Laplanche pone en tensión la noción de pulsión. A lo largo de la obra freudiana, la noción de pulsión posee distintas definiciones, volviéndose cada vez más compleja, sin embargo no dejará de ser presentada como un estímulo de origen interno, constante y que representa un límite entre lo psíquico y lo somático. A su vez, la pulsión será desmenuzada en cuatro elementos: la fuente (Quelle) o aquel proceso somático (interior o no al órgano) que es representado por la pulsión; la meta (Ziel), que alude a la cancelación del estímulo en la fuente pulsional (satisfacción); el objeto (Objekt) o aquello en o por lo cual se puede alcanzar la meta pulsional; y el esfuerzo (Drang) o la medida de exigencia de trabajo que la pulsión implica. Finalmente, asumiendo la premisa biológica del aparato nervioso (dominio de las pulsiones), Freud (1915b) definirá cuatro destinos posibles para tramitar la pulsión, planteando que es solo a consecuencia de sus destinos que se puede inferir su existencia. En primer lugar se encuentra el trastorno hacia lo contrario, que significa un cambio en la meta o en el contenido (amor a odio), en segundo lugar se haya la vuelta hacia la persona propia, que implica un cambio de posición del objeto sin modificación de la meta, en tercer lugar la sublimación o sustitución de la meta sexual por una no sexual, y finalmente la represión que intentará inhibir el carácter pujante de la pulsión.

En el contexto de la teoría del apuntalamiento, Laplanche critica la definición de pulsión para sostener que lo más útil de ella es su carácter pujante o activo. No existe una fuente, objeto o meta de la pulsión, pues todas estas se encuentran indiferenciadas o interconectadas. Laplanche (1998) hace caer las nociones de fuente, meta y objeto para sostener que la sexualidad se apoya en la autoconservación sólo si reconoce la acción de un otro. Si la sexualidad emergiese solamente de lo autoconservativo, todas sus expresiones debiesen tener su justificación en esto último, cuestión que puede obtenerse en el terreno de las organizaciones sexuales pregenitales canónicas (en la oralidad sería el nutrir, mientras que en la analidad y la genitalidad sería el excretar), pero ¿cómo se justificarían autoconservativamente las pulsiones parciales (ver-ser visto; sadismo-masochismo)?; ¿cuál es el símil del hambre en la pulsión epistemofílica?

La pulsión queda en entredicho al intentar responder por el origen de la sexualidad, pues no es capaz de explicar todas las modalidades sexuales. Sin embargo, Laplanche destraba esta situación y plantea que se puede seguir sosteniendo que la sexualidad se origina en las funciones autoconservativas sólo si se toma en cuenta el rol de un otro en los primeros años de vida. Y con el objetivo de evidenciar esto, propone retomar una cita de Freud:

“Las primeras satisfacciones sexuales autoeróticas son vivenciadas a remolque [*im Anschluss an*] de funciones vitales que sirven a la autoconservación. Las pulsiones sexuales se apuntalan al principio en la satisfacción de las pulsiones yoicas [también aquí ruego que provisionalmente la expresión pulsiones yoicas se tome en el sentido de las pulsiones de autoconservación. Los que tengan una curiosidad, legítima, sobre este punto pueden leer el artículo «Pulsiones yoicas» del *Vocabulaire de la psychanalyse*. En Freud, esto es muy complejo, pero por el momento y para mis propósitos es suficiente], y sólo más tarde se independizan de ellas [hasta ahora, como ustedes ven, sólo se trata del esquema del apuntalamiento como antes los presenté]; ahora bien, ese apuntalamiento sigue mostrándose en el hecho de que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales: son, sobre todo, la madre o su sustituto” (Freud, 1914, citado en Laplanche, 1998, p. 80).

Con esta cita Laplanche se desentiende del carácter endógeno presente en la pulsión para atribuir el origen de la sexualidad a la presencia de otro. Es en la interacción del adulto con el niño donde la sexualidad del primero se imprime en el cuerpo del segundo. Y esto se hace evidente al notar que las zonas erógenas de la sexualidad infantil (boca, ano, uretra, etc.) son al mismo tiempo los lugares de cuidado, limpieza e intercambio tanto en la especie humana como en la animal. Sin embargo esta propuesta no resulta del todo esclarecedora, pues la sexualidad también se fija a objetos que van más allá de la tangibilidad manipulativa que se desarrolla en o entre los cuerpos; si el apuntalamiento propuesto por Laplanche fuese tan exacto: ¿cómo las representaciones pueden volverse una fuente de excitación para los individuos? No se puede olvidar que las fuentes de la sexualidad infantil no sólo son las pulsiones, la experiencia de satisfacción en función de otros procesos orgánicos y la estimulación periférica, también

existen otras fuentes que van más allá de la tangibilidad del cuerpo, como son los procesos afectivos o el propio trabajo intelectual.

Por el motivo anterior se podría decir que aquella libidinización del órgano genital por el del sexo opuesto no es un objetivo que el adolescente tenga que necesariamente cumplir, pues de igual manera podría llegar a libidinizar su cuerpo o el de los demás sin siquiera tocarlos. No hay que olvidar que la libido es una energía que está en relación con cierto quimismo particular (con las hormonas del cuerpo para ser específico), pero que aun así sigue siendo una experiencia psíquica.

La tercera modificación que incentiva la creencia en la complementariedad de los sexos está en directa relación con el establecimiento de la sexualidad genital. Una consecuencia de esta sexualidad es la posibilidad que el individuo posee de convertirse en un ente activo en el terreno de la seducción. El adolescente podrá actuar en el terreno de la conquista y explotar así la sexualidad que lo habita. Aunque no resulta difícil estar de acuerdo con esta idea, es complejo atribuir esta consecuencia al sólo establecimiento de la sexualidad genital. Si el adolescente puede hacer uso y disfrute de su sexualidad es porque está inmerso en un contexto socio-cultural que le permite estar consciente de lo que le sucede sexualmente a él y los demás. La seducción y el juego de la conquista no obedecen exclusivamente al descubrimiento de la sexualidad, sino que a cierto guion social que acepta o rechaza la práctica de la sexualidad en cierto tiempo y espacio específico. Es decir, ocupar o no la posición de seductor a partir de la pubertad, por ende, circular en la ambivalencia de los pares opuestos sujeto/objeto-activo/pasivo tiene que ver más con el nivel de represión, que con el establecimiento de un tipo específico de modalidad sexual.

En último lugar, Gutton plantea que la complementariedad de los sexos es trascendental para el establecimiento del narcisismo en el propio individuo. El uso del órgano genital, específicamente el ejercicio de la sexualidad con el otro sexo, sostiene la autovaloración del individuo y se constituye como el mecanismo para sintetizar la dimensión yoica. El uso del órgano genital es la pieza que permite diferenciar entre adolescencias psicopatológicas y no psicopatológicas, porque la constitución del yo ("je") depende de ello.

Sin duda este planteamiento es el extremo de la biologización de la adolescencia, pues tanto el yo como el narcisismo se fundamentan en el uso del órgano. Es decir, el origen de una instancia psíquica remite a una conducta específica. Evidentemente esto es altamente cuestionable, no sólo porque deja de lado las descripciones teóricas en torno al problemático asunto de la constitución del yo por parte de Freud (narcisismos), o de algunos psicoanalistas contemporáneos como Lacan (estadio del espejo), sino porque además se hace depender la experiencia pubertaria (y adolescente) a un evento (tarea) que negaría las experiencias singulares de cada individuo en relación a su propio cuerpo y el de los demás.

El uso del órgano podrá ser importante para algunos individuos durante la pubertad, pero no puede ser el elemento que de origen (tampoco el término) a la constitución de una instancia psíquica que, incluso para la teoría, se forma desde mucho antes que el desencadenamiento de este momento de la vida. En este sentido, sólo hay que recordar los planteamientos de Freud en torno al Yo-placer durante los primeros años de vida del individuo.

Por esta razón, una propuesta teórica como la de Gutton, no sólo se desvía de las propuestas teóricas clásicas del psicoanálisis, sino que además atenta contra la posibilidad de comprender aquellas experiencias adolescentes que van más allá de la complementariedad de los sexos y su expresión fáctica en el uso de los órganos. En este sentido sólo queda preguntarse si estas ideas son el reflejo de lo que los adolescentes experimenta o si más bien sólo responden a los ideales que la teoría quiere imponer en el desarrollo de este momento de la vida.

VIII. Reflexiones finales: alternativas a la relevancia del aspecto biológico durante la adolescencia.

En el desarrollo de este escrito se ha intentado poner en tensión el biologismo presente en los planteamientos psicoanalíticos sobre la adolescencia. Para ello se han revisado las propuestas teóricas de dos autores relativamente contemporáneos: Arminda Aberastury y Philippe Gutton.

Arminda Aberastury sostiene que la adolescencia significa un proceso confuso y crítico, pues el individuo debe afrontar la invasión de los cambios que reporta la mutación corporal. Esta transformación no sólo marca el abandono del estado infantil, sino también especifica el rol que el individuo tendrá en la conformación de la pareja y la procreación. Por otra parte, Philippe Gutton plantea que la adolescencia ha de ser explicada en función del proceso puberal. Este proceso implica la sexualización de los contenidos psíquicos y el establecimiento de la genitalización a propósito de la creencia en la complementariedad de los sexos.

A modo de síntesis, es posible realizar una crítica a las propuestas teóricas planteadas por estos autores, porque entregan una lectura parcial de la adolescencia que remarca los acontecimientos biológicos de esta edad (como la irrupción del cuerpo o la genitalización) por sobre la historia propia (individual o colectiva) y/o las condiciones socioculturales que viven los mismos adolescentes. Sin duda esta biologización de la adolescencia responde a una manera de entender el funcionamiento psíquico que procede de los propios planteamientos de Freud. No resulta complejo apreciar cómo Freud valora el aspecto biológico en lo que a la sexualidad se refiere, pero aunque esta postura haya tenido asidero, específicamente con el descubrimiento de las hormonas, la sexualidad, su origen y desarrollo, sigue presentando diversas incógnitas.

La biología tiene su lugar al interior de la teoría psicoanalítica, tal como se evidencia en ciertas propuestas en torno al proceso adolescente, pero desde un tiempo a esta parte ese lugar ha tendido a ser reemplazado por una nueva visión del psicoanálisis que reorganiza la teoría en función de un nuevo paradigma que pone en relevancia otros conceptos. Con el advenimiento del “retorno a Freud” propuesto por el psicoanalista francés Jacques Lacan, el psicoanálisis no solo retoma el escrito freudiano, sino que además se impregna de los planteamientos de la lingüística, la antropología, la matemática y la filosofía alemana.

Según Alfredo Eidelsztein (1999) uno de los cambios al interior de la teoría psicoanalítica, a partir de los lineamientos del psicoanálisis lacaniano, tiene que ver con el uso de las nociones de sujeto en reemplazo del de aparato psíquico y el uso más frecuente del concepto de deseo por sobre el de pulsión. Si bien, el uso de la noción de deseo ya se encuentra presente en el escrito freudiano, esta se circunscribe por lo regular a la problemática del sueño y a la experiencia de satisfacción, mientras que a partir de Lacan, el deseo (y también su noción más displacentera: el goce) se convertirá en un

elemento central, porque representará la energía que moviliza la subjetividad, otrora aparato psíquico. Por un lado, el uso de la noción de deseo problematizará la noción de pulsión, y con ello se tendrá a cuestionar el origen interno de la sexualidad, ya que el deseo siempre refiere a una relación entre el individuo y otro, pero por otra parte, la noción de deseo también incorporará el significado que se posee de la libido en tanto energía o fuerza de la pulsión sexual.

Esta transformación de la teoría en función de los planteamientos lacanianos también influenciará la manera de aproximarse al fenómeno adolescente. Un caso que ejemplifica esto, es la perspectiva que posee el psicoanalista brasileiro Contardo Calligaris en torno a este momento de la vida.

Más allá de centrarse en los elementos puramente biológicos o corporales de la pubertad, Calligaris (2013) plantea que la adolescencia puede ser entendida como un proceso caracterizado por el cuestionamiento constante que el individuo realiza en relación a sí mismo y su entorno. El adolescente que ya no es visto como un niño, pero tampoco es reconocido como un adulto, intenta resolver dos preguntas trascendentales: ¿qué es lo que los otros (adultos mayoritariamente) quieren de mí?; ¿qué puedo hacer para que los otros me reconozcan? Sin embargo, como los adultos no pueden dar una respuesta unívoca a ello o, si la dan, suele ser contradictoria; los adolescentes intentan responder con sus propios medios. De esta manera, el adolescente asume la tarea de interpretar el deseo inconsciente de los adultos, es decir, ensayan respuestas para dar con aquello que los adultos quieren, pero que ocultan o reprimen.

El entendimiento de la adolescencia como un proceso de espera que fuerza al adolescente a intentar descubrir lo que los adultos quieren, se distancia de las perspectivas psicoanalíticas que explican la adolescencia en función de lo que le sucede al cuerpo o a la biología. En este sentido, el planteamiento de Calligaris es más bien una actitud que explora el acontecer adolescente para intentar responder cuál es la razón de sus actos, en vez de suponer que estos mismo actos ya son una expresión de un núcleo duro, como es el orden biológico o corporal. Ahora bien, no es que la pubertad no exista para Calligaris, más bien, para este autor, este es un proceso siempre presente, pero que sólo ha de ser entendido como la marca que impone el inicio de la adolescencia y no como la causa que determina el actuar del individuo durante este momento de la vida. Por esta razón, la pregunta del psicoanálisis de la adolescencia no debería centrarse tanto en

aquel acontecimiento que da pie a este momento de la vida, sino en la manera en que el deseo del individuo enmarca las transformaciones que ocurren durante todo este proceso.

Mientras Contardo Calligaris reitera la importancia del deseo para el sujeto y el ejercicio interpretativo que el adolescente hace en relación a los otros (adultos), existen otros autores que realzan el lugar de la historia en todo proceso de constitución subjetiva. En el contexto de las teorías psicoanalíticas de la adolescencia, podemos mencionar a la psicoanalista francesa Piera Aulagnier, quien a través del concepto de modificación sostiene que la adolescencia se caracteriza por desarrollarse en dos etapas: una primera fase, donde el individuo ha de seleccionar el material necesario para resguardar aquel fondo de memoria que garantiza cierta permanencia identificatoria representante de su historia y de su deseo, y un segundo momento donde el adolescente construye, en función de su pasado, cierto espacio relacional al que puede optar, es decir, identifica aquellos objetos que podrán ser soportes de su deseo o promesa de su goce. En este sentido, la adolescencia es un trabajo que se juega en el presente del individuo, pero que implica un trabajo sobre el pasado y cierta pregunta por el futuro. Por esta razón, Aulagnier (1991) llega a sostener que un analista no puede contentarse con las definiciones puramente biológicas o fisiológicas de este proceso, ya que “lo que allí se juega, se modifica, se da a ver a sí mismo y a los otros, acompaña un movimiento temporal que confronta la psiquis con esta serie de *après-coup* cuyos efectos va a imponerse cada vez, como una prueba de la diferencia que los separa de lo que ha sido hasta entonces” (p. 444)

Tanto Contardo Calligaris como Piera Aulagnier proponen una manera de entender la adolescencia que va más allá de lo estrictamente biológico, planteando miradas que se centran en la cuestión del deseo y la historia del individuo. Sin embargo, ya en Freud existe una noción que concentra estas dos cuestiones: me refiero al concepto de fantasía.

Para Freud (1908 [1907]) la fantasía se diferencia de las teorías sexuales infantiles y el jugar al ser un producto psíquico que se oculta a la observación directa de los demás y por poseer una estrecha relación con la temporalidad, ya que en ella:

“el trabajo anímico se anuda a una impresión actual, a una ocasión del presente que fue capaz de despertar los grandes deseos de la persona; desde ahí se remonta al recuerdo de una vivencia anterior, infantil la más de las veces, en que aquel deseo se cumplía, y entonces crea una situación referida al futuro, que se figura como el

cumplimiento de ese deseo, justamente el sueño diurno o la fantasía, en que van impresas las huellas de su origen en la ocasión y en el recuerdo. Vale decir, pasado, presente y futuro son como las cuentas de un collar engarzado por el deseo” (p. 130).

Esta cita no sólo manifiesta la estrecha relación que la fantasía posee con el tiempo, además explicita su vinculación con el deseo. En el centro de la fantasía se encuentra el deseo y si el individuo recurre a la fantasía es porque se encuentra insatisfecho. Si uno piensa en esto último, habría que decir, siguiendo a Calligaris, que la adolescencia conlleva un nivel particular de insatisfacción, pues el individuo atraviesa por un tiempo donde las condiciones legales y/o culturales influyen en el tipo de reconocimiento que puede obtener por parte de los demás.

Sin embargo, resultaría incorrecto emparentar el contenido de la fantasía con el deseo mismo, ya que la fantasía:

“no es objeto sino escena del deseo [...] en la fantasía el sujeto no tiene en la mira al objeto o a aquello que lo representa, sino que él mismo figura en la secuencia de imágenes. El sujeto no se representa al objeto deseado, sino que él mismo aparece participando en la escena” (Laplanche y Pontalis, 1986, pp. 89-90).

En este sentido, fantasear es una manera de darle un soporte imaginario al propio deseo, lo que en cierta medida puede emparentarse con el soñar. De hecho, Freud mismo es quien vincula estos dos fenómenos psíquicos, ya que el sueño expresaría el cumplimiento de aquellos deseos inconcientes que también se presentan en la fantasía, pero que en el sueño son sometidos al trabajo de la desfiguración onírica (Freud, 1908 [1907]).

Para Freud (1908), la fantasía puede ser inconciente desde un principio o llegar a serlo luego de ser sometida al influjo de la represión. En este segundo caso, se advertirán dos versiones de la fantasía que pueden diferenciarse por su contenido, en donde la ahora fantasía inconciente no sería más que el retoño de la otrora conciente. A propósito de esto, Isaacs (1948) propuso una diferenciación nominal, llamando fantasies a las fantasías conscientes del tipo de los sueños diurnos, y phantasies a la fantasía inconcientes. No obstante, Freud insistió a lo largo de su obra en ocupar el término Phantasie de manera indiferenciada, pues la fantasía como fenómeno es capaz de establecer relaciones tanto con el sector conciente como con lo inconciente:

“De esa clase son las formaciones de la fantasía tanto de los normales cuanto de los neuróticos [...] Se aproximan a la conciencia y allí se quedan imperturbadas mientras tienen una investidura poco intensa, pero son rechazadas tan pronto sobrepasan cierto nivel de investidura” (Freud, 1915a, p. 188).

De esto modo, la fantasía permite observar en actividad el paso de una instancia psíquica a otra a propósito de la modificación del revestimiento libidinal (Laplanche y Pontalis, 1986). Por esto mismo la fantasía posee una vinculación cercana con la vida sexual del individuo, y Freud recurre a la masturbación para demostrarlo, sosteniendo que el onanismo implica tanto el ejercicio autoerótico de una zona erógena como la convocación de una fantasía. Esta fantasía o parte de ella puede volverse patógena cuando se renuncia al acto onanista y la libido no encuentra otra salida para su expresión más que el síntoma, tal como ocurre en el fenómeno conversivo de la histeria en tanto figuración pantomímica de la fantasía en el propio cuerpo (Freud, 1909 [1908]).

Ahora bien, también existe un tipo de fantasías que se caracterizan por tener un origen inconciente para el individuo. Freud define estas fantasías utilizando el prefijo Ur, dando cuenta de su carácter arcaico y originario. Estas se presentarían de manera transversal, independiente de la historia circunstancial de cada uno de los individuos, cuestión que permitiría sugerir la presencia de un esquema previo capaz de funcionar como organizador de la experiencia individual. En tal sentido, Freud (1917 [1916-17]) acude a la hipótesis filogenética para dar cuenta de su origen:

“Me parece muy posible que todo lo que hoy nos es contado en el análisis como fantasía –la seducción infantil, la excitación sexual encendida por la observación del coito entre los padres, la amenaza de castración (o, más bien, la castración)- fue una vez realidad en los tiempos originarios de la familia humana, y que el niño fantaseador no ha hecho más que llenar las lagunas de la verdad individual con una verdad prehistórica. Una y otra vez hemos dado en sospechar que la psicología de las neurosis ha conservado para nosotros de las antigüedades de la evolución humana más que todas las otras fuentes” (p. 338).

Aunque no todos están de acuerdo con este tipo de fantasías, al poner en discusión los lineamientos teóricos de Freud en cuanto al origen de la vida en comunidad, resulta imposible soslayar el evidente valor que posee la fantasía en la teoría psicoanalítica y específicamente en la vida de los adolescentes. Freud mismo plantea que

la fantasía es un remanente del jugar y las teorías sexuales infantiles, y que el adolescente hace uso de ella en el proceso de elección de objeto amoroso llevado a cabo durante este momento de la vida. Pero si bien esto es así, habría que recordar que la actividad fantaseadora se desarrolla no sólo en el ámbito amoroso, sino además en el posible futuro laboral, académico, familiar, etc., que el adolescente podría llegar a tener.

Más allá de su contenido, la fantasía como actividad se desarrolla ampliamente durante la adolescencia, porque el adolescente aún no posee el permiso para actuar ni se le reconoce como adulto (incluso como ciudadano), o si se le reconoce es de una forma particular. El marco legal muchas veces considera al adolescente como una excepción a la regla. Por tal razón, la adolescencia es un momento preciso para que la fantasía se despliegue con más fuerza, porque el campo de acción del adolescente está más o menos limitado, ya que existe un marco cultural, explícito e implícito, que lo restringe.

Por otro lado, es imposible obviar el valor que posee la fantasía como campo de encuentro entre la vida intrapsíquica y el entorno socio-cultural. La fantasía como esquema escenográfico del deseo no sólo se constituye por los aportes singulares de cierta historia individual, sino además por las orientaciones que cierto marco socio-cultural le impregna. Es que como la fantasía se constituye alrededor del deseo, no es de esperar que ciertas instituciones marquen la manera en que los adolescentes pueden desear, prueba de ello es la consideración que la publicidad posee en relación a los adolescentes como un público consumidor con rasgos y características específicas.

La fantasía puede ser otro punto de entrada para comprender las expresiones adolescentes pudiendo dejar en un lugar secundario los planteamientos que intentan abarcarlas desde sus lineamientos biológicos. La fantasía, durante la adolescencia, puede remitir tanto al deseo como al complejo proceso de historización, haciendo que los discursos biologizantes de este momento de la vida puedan situarse en un lugar secundario, permitiendo que la escucha de aquellos que trabajan cara a cara con los adolescentes pueda dar cuenta de aquel cuerpo psíquico que también es atravesado por los discursos, las impresiones y las condiciones culturales. No porque la pubertad y la biología no existan, sino porque ellas se desarrollan en un contexto espacial y temporal específico.

IX. Referencias.

Aberastury, A. (1959) El mundo del adolescente. Extraído el 12 de Junio de 2015 desde <http://www.apuruguay.org/apurevista/1950/168872471959030101.pdf>

Aberastury, A. y Knobel, M. (1971) *La adolescencia normal*. Buenos Aires: Paidós.

American Psychological Association [APA] (2002) *Developing Adolescents*. Washington, DC: APA.

Assoun, P. L. (1998). *Lecciones psicoanalíticas sobre cuerpo y síntoma*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

Assoun, P. L. (2002). *La metapsicología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Aulagnier, P. (1991). Construir(se) un pasado. *APdeBA*, 3 (XIII), 441-468.

Calligaris, C. (2013). *A adolescencia*. São Paulo: Publifolha

Eidelsztein, A. (1999). *Análisis parcial del concepto de «pulsión*. Extraído el 31 de Marzo de 2015 desde <http://www.edupsi.com/pulsion.htm>

Foucault, M. (2009). *El nacimiento de la clínica*. México: Siglo XXI editores.

Freud, S. (1901). XII Determinismo, creencia en el azar y superstición: puntos de vista. *Obras Completas, Tomo VI* (pp. 233-270). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. *Obras Completas, Tomo VII* (pp.109-224). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1908 [1907]). El creador literario y el fantaseo. *Obras Completas, Tomo IX* (pp.124-135). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1908). Las fantasías históricas y su relación con la bisexualidad. *Obras Completas, Tomo IX* (pp.138-147). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1909 [1908]). Apreciaciones generales sobre el ataque histórico. *Obras Completas, Tomo IX* (pp.124 - 135). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1915a). Lo inconciente. *Obras Completas, Tomo XIV* (pp. 153-213). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1915b). Pulsiones y destinos de pulsión. *Obras Completas, Tomo XIV* (pp.105-134). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1917 [1916-17]). 23° conferencia. Los caminos de la formación de síntoma. *Obras completas, Tomo XVI* (pp. 326-343). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. *Obras Completas, Tomo XXIII* (pp.211-254). Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Gutton, P. (1993). *Lo puberal*. Buenos Aires: Paidós.

Isaacs, S. (1948). Naturaleza y función de la fantasía. En M. Klein (Ed.), *Desarrollos en psicoanálisis* (pp.71-114). Buenos Aires: Paidós.

Kett, J. F. (1993). Descubrimiento e Invención de la Adolescencia en la Historia. *Journal of Adolescent Health*, 14 (1993), 664-672.

Klein, A. (2012) Imágenes psicoanalíticas y sociales de la adolescencia: Un complejo entrecruce de ambigüedades. *Interdisciplinaria 2* (29), s.p.

Laplanche, J. (1998). *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (2004) *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.

Laplanche, J. y Pontalis, J. B. (1986). *Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, origen de la fantasía*. Buenos Aires: Gedisa.

Marty, F. (2006). L'adolescence dans l'histoire de la psychanalyse. *L'évolution psychiatrique*, 71 (2006), 247-58.

Mead, M. (1984). *Adolescencia y cultura en Samoa*. Buenos Aires: Paidós.

Papalia, D. (2009). *Psicología del desarrollo: de la infancia a la adolescencia*. México: McGraw-Hill.

Rassial, J. J. (1999) *El pasaje adolescente: de la familia al vínculo social*. Barcelona: Ediciones del Serbal.

Reguillo, R. (2007) *Emergencia de culturas juveniles*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.

Serra, L. y Aliani, N. (2015). Construcción histórica de la adolescencia en el discurso médico: la pubertad. *Uaricha*, 12 (27), 65-77.